

El tenor español interpreta en el Châtelet de París 'Il Postino', la ópera del mexicano Diego Catán basada en la novela de Skármeta

# Plácido es Neruda

## ESCENARIOS

**Oscar Caballero**

París. Servicio especial



Tenor y barítono, Plácido Domingo se siente a gusto en el Châtelet que acogió los ricos años de Luis Mariano y la opereta. El teatro puso el no hay billetes para las cuatro representaciones de *Il Postino*, la ópera del mexicano Daniel Catán, adaptación del filme de Michael Radford, basado a su vez en *Ardiente paciencia*, la novela de Skármeta.

Fue Domingo, precisamente, como director de la Ópera de Los Angeles, quien hizo el encargo a Catán –“un músico al que siempre admiré, especie de Ravel o Debussy americano, fallecido desgraciadamente, a sus 62 años, en abril”– y la estrenó en septiembre pasado. En castellano: “La estructura de las vocales se presta mejor al canto que el inglés”, aseguraba Catán.

Domingo ya suma ¡137 personajes, con este Neruda! Lanzadera entre géneros y estilos, el madrileño nacido en México va del dramático al lírico, del verismo al bel canto. Y actualmente coquetea con el barroco: *Tamerlano*, de Händel.

¿Su longevidad? “Como soy músico, me acompaño al piano y evito ser esclavo de un *coach*: también me organizo para que el estudio alterne con el reposo”. Sobre todo, “conservo la pasión de hace 50 años. Y tengo la suerte de contar con un juez severo y sincero, mi mujer”.

Un año antes de cantar *Cyrano* –en el Châtelet, en 2009–, Domingo, en su carácter de director de la ópera de Los Angeles coprodujo con el teatro parisino la ópera *The Fly*, adaptación de la película homónima firmada por el propio David Cronenberg. La noche del estreno mundial en París, en 2008, nació la idea de encargar y coproducir lo que sería este *Il Postino* lírico.

Respetado por la crítica parisina, que subraya su dualidad rara entre despacho, escenario y foso, Domingo, que a final de año deja la dirección de la Ópera de Washington –pero que se diversificaría más aún en un futuro consejo de sabios futbolísticos de la FIFA–, no aparece sin embargo en la programación de la Ópera de París.

¿Por qué? “Lo ignoro. Pero no es por falta de ganas. Sé lo que me gustaría cantar y en dónde: *La Walkiria* en Bastilla; *Ifigenia* de Gluck en Garnier. Y en cualquiera de los dos fosos dirigir *Il*



ROBERT MILLARD / EFE

Plácido Domingo (Neruda) y Cristina Gallardo Domas (Matilde)

*Trovatore*, de Verdi, la primera ópera que canté en París”.

En el Châtelet, el cartero que en la película tenía problemas de expresión accede poco a poco al canto. Diferencia más fundamental: el Neruda operístico tiene mayor peso que el cinemato-

**“Siempre admiré a Catán, una especie de Ravel o Debussy americano”, dice Plácido Domingo**

gráfico. Y también su amor por Matilde, cantada por la chilena Cristina Gallardo Domas.

Las cuatro funciones del Châtelet –20, 24, 27 y 30 de junio– añaden pericias a lo que ya es una saga: antes del filme de 1994, la nouvelle de Skármeta, publicada en 1985, fue precedida por

un telefilme alemán y por una película dirigida por el propio Skármeta en Portugal e interpretada por exiliados chilenos. El marco político y geográfico e incluso la época cambiaron en el filme, situado en una isla imaginaria y en los años cincuenta. “La ópera respeta esa mudanza, pero añade dos escenas cruciales sobre el exilio y el compromiso político del poeta”, puntualizó Ron Daniels.

El director de escena, carioca y fundador del Teatro Oficina de São Paulo, suma identidades a estas naciones unidas de la lírica. Un francés, Jean-Yves Ossonce, dirige la orquesta sinfónica de Navarra; las proyecciones vídeo las firma el alemán Philip Bussmann y el padre del cartero es Pepe Martínez, músico (tuba, cajón, acordeón...), cantautor y guitarrista flamenco, voz solista del *Cristóbal Colón* de Ridley Scott y cantor en catalán, castellano y francés en *Fils de réfugiés*, de Pierre Díaz, nieto de refugiados catalanes...●

## CRÍTICA DE BLUES

# Prehistoria con futuro

**Otis Taylor Blues Band/Corey Harris**

Lugar y fecha: Nova Jazz Cava de Terrassa (17/VI/2011)

**KARLES TORRA**

Con planteamientos alejados de cualquier convencionalismo, y echando mano de una paleta tímbrica innovadora, Otis Taylor es uno de los artistas que marca la diferencia en el blues del

siglo XXI. En su último disco titulado *Clovis people, vol.3*, y del que curiosamente no existen ni el primer ni el segundo volumen, Taylor hace referencia a una cultura desaparecida hace trece mil años en una zona de Colorado. Tomando como base las canciones de este álbum inspirado en la más remota prehistoria, asistimos en la Nova Jazz Cava a una hipnótica e incisiva sesión de blues urdida con ideas avanzadas y una instrumentación cargada de futuro, en la que conviven un enjambre de guitarras eléctricas con un instrumen-

to en teoría tan ajeno al género como el violonchelo. En su debut por estos confines como líder, al frente de un rejuvenecido sexteto en el que no faltó el gran Larry Thompson (su batería de siempre), Otis Taylor dejó una profunda huella.

Antes, había abierto la velada Corey Harris, a solas con sus guitarras, y poniendo en liza algunas de las canciones contenidas en su último disco, caso de un contagioso *Bam Bam* que fue muy celebrado por la audiencia. Moviéndose entre el blues del Delta y las raíces africanas, su música trufada de autenticidad fue un estupendo primer plato para uno de los más suculentos menús bluesísticos del año.●

**Josep Maria Ruiz Simón**



## Los pocos y el resto

**T**ras la Setmana Tràgica, Eugeni d'Ors se lamentaba de las dificultades con que topaba el proyecto novecentista de convertir una democracia en una aristocracia. Al día siguiente de los hechos del parc de la Ciutadella, ha habido quien, interpretando que las turbas amenazaban el poder y con el mismo desprecio hacia quienes identificaba como chusma, ha sacado del fondo de un cajón, para oponerle como un espantajo al “gobierno de los mejores”, el concepto de oclocracia. Polibio definía la oclocracia como la tiranía de la mayoría inculta. Según el historiador griego, la oclocracia, producida por la degeneración del régimen democrático, era el peor de los regímenes. Polibio sostenía que todos los regímenes tendían a degenerar. Una vez llegados al peor, está degeneración sería imposible. Sólo quedaría esperar que un hombre providencial se impusiese monárquicamente. Ors acabó encontrando primero en Mussolini y luego en Franco a ese hombre.

La doctrina clásica sobre los regímenes políticos se basaba en la identificación de las partes principales de la ciudad y en la constatación de su relación con el poder. Las partes principales de la ciudad eran los pocos (los ricos) y el pueblo (el resto) y es por ello que esta teoría se fundamentaba, primordialmente, en la oposición entre oligarquía y democracia. Aristóteles, uno de los padres de la doctrina de los regímenes, tuvo el acierto de poner de manifiesto que la lucha entre los ricos y el resto se traducía, en el orden del discurso, en el enfrentamiento entre dos concepciones de la justicia que se veían respectivamente satisfechas cuando aquellos que las mantenían imponían su régimen al cuerpo político. El interés por la doctrina clásica sobre los regímenes había ido disminuyen-

**La concepción liberal de la justicia se desvanece ante los ojos de la ciudadanía como un espejismo**

do durante las últimas décadas en Occidente a medida que crecía la clase media y se extendía una concepción liberal de la justicia hecha a la medida de una nueva clase de mayoría que, a diferencia de las antiguas, podía llegar a creer, sin caer en el autoengaño, en la meritocracia. La democracia representativa debe mucho de su legitimidad, tanto, al menos, como al grado de representatividad de los gobernantes y los parlamentarios, a su capacidad de hacer que la inmensa mayoría de ciudadanos sienta que este régimen satisface de manera suficientemente justa su deseo de verse reconocidos como iguales al resto en dignidad, oportunidades y derechos. No es casual que el interés por aquella vieja doctrina reviva cuando, en pleno proceso de disolución de la clase media, la concepción liberal de la justicia se desvanece ante los ojos de la ciudadanía como un espejismo. Lo que muchos consideran justo vuelve a ser distinto de los que los plutócratas y sus altavoces consideran como tal. Y la crisis actual de legitimidad de las democracias tiene mucho que ver con su dificultad por encarnar una concepción no oligárquica de la justicia.